

CASTILLA-LA MANCHA

EN LA ENCRUCIJADA



En estos últimos años, he realizado algunas restauraciones en un momento que viene a ser la esencia de nuestras raíces: El Castillo de Calatrava la Vieja, la antigua fortaleza árabe de Kal'at Rabah.

Este islote, apenas emergente de la ciénaga que le circundaba por las aguas renacidas del Guadiana, fue, aunque ahora nos cueste trabajo imaginarlo, el único espacio insuperable, primero de la defensa de los reinos musulmanes de Al - Andalus y después de la vanguardia avanzada de los cristianos.

Cuando, lentamente, en la Alta

Edad Media, se iba cuajando la personalidad sociológica de las Regiones y de los Reinos que, al cabo del tiempo, reunidos llegarían a ser España, La Mancha era un puñado de hombres procedentes de otras tierras, armados y vigilantes, protegidos por un anillo pantanoso, rodeado de silencio.

La derrota de Alarcos y a continuación la victoria de las Navas de Tolosa, resultan el vaivén definitivo que termina por dejar en segura retaguardia a las fértiles tierras manchegas.

Los señores feudales y las Ordenes

Militares, que se mueven por aquellas soledades, promocionan una repoblación lenta que procedente de los distintos reinos cristianos, va asentándose en aquellas tierras de labrantío y pastoreo. Y en los cruces de caminos, cuando se comienza por construir una venta, termina surgiendo un pueblo.

Así acaba por crearse una variopinta sociedad, muy rural, de pastores y gañanes, sin características étnicas definidas, con ciertos retazos culturales de sus lugares de origen, y que poco a poco termina por tener un folclore propio, una idiosincrasia

